

EL CONCEPTO DE LA EDUCACION LITERARIA

AQUEL gran educador de espíritus, Ignacio de Loyola, manda, al que se ejercita en sus *Ejercicios espirituales*, que, antes de emprender cada una de las meditaciones, se recoja un momento dentro de sí mismo y se pregunte: «¿A dónde voy y a qué?». Esa misma pregunta convendría se hiciese a sí mismo cada estudiante y aun cada dirigente de estudios, para concretar y definir, con toda precisión y claridad, el fin que, con cada una de las ramas de los estudios que integran el Bachillerato, se proponen. Por no hacérsela y por no habérsela hecho, se pierden y se han estado perdiendo, en la Segunda Enseñanza, energías y tiempo precioso.

Pues bien: esa pregunta se impone mucho más, tratándose del estudio de la Literatura. ¿A dónde van los estudiantes y a qué, cuando se disponen a estudiar los autores literarios? Poco se ha reflexionado sobre el alcande de esos estudios, cuando se les ha dado, desde hace casi un siglo, en España, una dirección tan desorientada. Contrasta esa falta absoluta de orientación con el rumbo que en los dichos estudios se seguía en la enseñanza tradicional española.

La enseñanza de la Literatura se ha venido a reducir a repetir de memoria un libro de texto, mejor o peor hecho, en el que se contiene un inventario, en cantidad de autores, que se inventarian, inmenso, y en cantidad de textos vivos, casi nulo. El alumno, antes de haber estudiado por sí mismo, con la ayuda orientadora del Maestro, las obras maestras de la Literatura, tiene que endosarse el juicio que sobre centenares de autores, de primero, segundo y tercer orden, emite el autor del manual, amén de los datos bibliográficos y biográficos que en cada autor se estampan. Si repite de memoria, de carretilla, con fidelidad meramente verbalista, los juicios y las noticias del manual, siquiera no haya saludado ni por de fuera las obras de

los autores enjuiciados, y aunque ignore hasta el alcance de los términos críticos con que se los enjuicia, merecerá una nota brillante. El alumno que eso no sepa, será reputado por ignorante. Graciosamente, decía un profesor, oficial por cierto, que la Literatura así estudiada, se reducía a una serie aridísima de partidas de nacimiento, de índices de libros y de partidas de defunción. El fruto de sólida y humana formación que con tan estéril método se pueda lograr, ya se ve que habrá de ser, forzosamente, nulo. La huella que en el espíritu del educando pueda ejercer un recorrido tan vertiginoso, ya se comprende que será nula por completo.

El mentor de la cultura española, Menéndez y Pelayo, nos dejó, hace ya cuarenta años, bien expresado su sentir sobre este particular, en el prólogo que escribió a la «Historia de la Literatura española», compuesta por Fitz Maurice Kelly: «Duele decirlo, pero es forzoso: la Historia de la Literatura, tal como entre nosotros suele enseñarse, reducida a una árida nomenclatura de autores que no se conocen, de obras que no se han leído, ni enseña, ni deleita, ni puede servir para nada; hay que sustituirla con la lectura continua de los textos clásicos y con el trabajo analítico sobre cada uno de ellos». El testimonio es bien categórico: la lástima es que, prácticamente, no se haya hecho caso de un testigo tan autorizado. Y antes que él, había dado ya la voz de alerta el sesudo Milá y Fontanals, al deplorar que la literatura fuese cediendo el camino a la erudición, y las funciones estéticas, al placer de la curiosidad, de la novedad y de la memoria. «Nadie se figure que con tales reseñas, con las apreciaciones rápidas y, a veces, desdeñosas, de las mayores obras del ingenio humano, logre formarse nadie su gusto ni cultivar el sentimiento de lo bello».

Al revés, la enseñanza tradicional, ¡qué certeramente apuntaba en todo este asunto! Partiendo del supuesto que el fin primordial de la Segunda Enseñanza es *la formación humana previa* y que, para esa integral formación del hombre, como hombre y como ser social, los autores literarios de primer orden y de gusto seguro, son el mejor factor en la primera etapa del Bachillerato, ordenó que la Literatura se aprendiese *como arte*; es decir, como un conjunto ordenado de principios prácticos, enderezados a bien hablar y a bien escribir, delante

de los modelos vivos de las obras maestras literarias, propuestos para que el alumno se asimile sus dotes egregias, y con un ejercicio asiduo, graduado y bien dirigido, práctico, muy práctico, de hablar y de escribir. La Literatura, tradicionalmente enseñada, no ha de ser ni un montón de noticias, ni un curso de ciencia.

En consonancia con el fin que a los estudios literarios asignaba la enseñanza tradicional, se hacía consistir la principal eficacia de la Literatura en estos dos factores: a) En el *estudio directo*, gustoso, reflexivo, analítico, humanizador y por varios años continuado, de aquellos autores privilegiados que nos han dejado en sus obras inmortales uno como reflejo de sus almas vigorosas y equilibradas, plenamente humanas; cuales son, en sentir de los mejores pedagogos, los clásicos griegos y latinos y, al lado de ellos, los mejores de nuestra Literatura castellana, clásica y moderna. b) En el *ejercicio personal*, graduado y variado, de la actividad literaria del alumno, mediante la tarea de la composición. Con lo primero, se conseguía que fuese vibrando el alma del joven, al unísono, con las de los más perfectos autores, y, como consecuencia de ese trato familiar y continuo con ellos, se fuese habituando, casi sin sentirlo ni notarlo, a concebir, discurrir imaginar y sentir con aquella claridad, orden, vigor, gusto, sensatez, compenetración de fondo y forma y equilibrio de facultades que tan maravillosamente resplandecían en sus cotidianos modelos. Con lo segundo, se obligaba con intenso, pero atractivo trabajo, al discípulo, a que fuese reflejando en el estilo, hablado y escrito, esas mismas cualidades; con lo que, a la vez, se excitaba y se educaba su actividad anímica. El tal trabajo atraía por su interés, y no repelía por no superar los alcances ni las fuerzas de los alumnos.

A los dos susodichos factores, añádanse otros dos de relativa importancia: uno, que ponía cierto fundamento doctrinal a la lectura y análisis de los autores: la *teoría o preceptiva literaria*; otro, que amenizaba e ilustraba ese mismo trabajo, al par que iba enriqueciendo al joven con selecta cultura y ampliando, poco a poco, y sin sobrecarga memorística, sus conocimientos de historia literaria: la *erudición histórica*. Pero nótese bien: a la preceptiva literaria, en

tanto se le atribuía valor educativo en orden a formar el criterio literario, en cuanto se apreciaba su alcance en los autores vivos, toda vez que preceptivas al aire y no en concreto, darán la idea general de cada principio o recurso literario, pero no afinarán el gusto y el sentido común artístico para atinar con lo mejor y lo más oportuno en cada caso particular.

Y en lo tocante a la erudición histórica o noticia de escritores, libros, costumbres y civilización, se la admitía gustosamente, mientras se prestase a servir para el principal elemento de la inteligencia y gusto de los autores: se le agradecía sus ofrecimientos cuando, sin distraer demasiado la atención de los autores modelos ni robar un tiempo necesario para estudiarlos despacio, se brindaba a ensanchar los horizontes de su cultura; pero se la despedía cortésmente, apenas intentaba levantarse con el monopolio de la educación y supeditar a sí los otros dos valiosísimos agentes de la formación humana.

Fuera de lo dicho, necesario era anteponer un estudio concienzudo, pero eminentemente práctico, de las *lenguas clásicas* y de la *lengua patria*, como llave indispensable para penetrar en el sentido de los autores.

Como se desprende de lo hasta aquí apuntado, a la Literatura humanística, a las Humanidades, como entonces se decía, no se las miraba como una de tantas asignaturas, acotada en el recinto estrecho de un programa, al que de memoria se había de responder; sino como todo un *sistema cíclico de formación concentradora*; y por eso, no se escatimaba tiempo ni energías, ni se reputaba demasiado largo el tiempo de cinco años, por lo menos, invertido en su estudio. Todo nacía, lógicamente, del fin que con esos estudios se pretendía; fin que, por trascender a la vida entera del educando, en la cual dejaba su indeleble huella una sólida y temprana cultura humanística, bien merecía reclamar cuanto tiempo fuese menester.

En cambio, desde que en España, por obra de Gobiernos desorientados y señaladamente por la Ley de Instrucción pública, publicada en el plan de Moyano de 1857, se marcó un rumbo nuevo y antitradicionalista a nuestra enseñanza, y se hizo desaparecer de su vista el faro que dirigía su derrotero, se fué, cada vez más y más, desviando,

hasta ir a perderse y embarrancarse en los arenales de una pedagogía estéril, árida y del todo ineficaz, máxime en lo que atañe a la Literatura. Desterrados, casi del todo, de nuestros Centros de enseñanza aquellos incomparables modelos de Grecia y Roma, que antaño se ofrecían por varios años a la lectura y espiritual deleite del educando, como perfectísimos ejemplares de belleza, o reducido su estudio a unos pobrísimos fragmentos, disgregados del cuerpo de las obras magistrales, y convertido, casi del todo, el estudio de los autores españoles a las reseñas secas de manuales, vióse invadido, de día en día, el campo de la Literatura, por una pretenciosa, pero superficialísima pseudo-erudición, que, exigiendo para sí el mejor tiempo, ha venido, finalmente, a dominar despóticamente en los años que se dedicaban a la Literatura.

Para puntualizar con algo tangible el sentido de nuestra ideología (que no es nuestra, sino de toda la España tradicional), copiémos alguno de esos somerísimos juicios de los grandes autores, que nuestros escolares repetían de memoria, y raciocinemos brevemente sobre su ineptitud pedagógica. No citaremos los autores de los manuales, porque ahora prescindimos, en absoluto, del valor intrínseco, mayor o menor, de los tales manuales, y sólo vamos a enjuiciar el valor del sistema.

«Si, como orador político, Cicerón es inferior a Demóstenes, en vigor dialéctico y austeridad, sobrepújale en la oratoria judicial, por la copia y variedad de conocimientos y por el alcance de su fina ironía y patética emoción. Además de las cuatro *Catilinarias*, tan manoseadas y conocidas, merecen citarse las seis *Verrinas*, *Pro Lege Manilia*, *Pro Archia*, *Pro Milone*, demostrando (¡qué gerundio!) que si Milón había dado muerte a Clodio, había sido en propia defensa; las catorece *Filípicas*. . . » Vayamos a cuentas. ¿Cómo será capaz el alumno de ver por sí mismo el alcance de ese paralelo entre los dos campeones de la elocuencia antigua, si ni siquiera ha saludado los escritos del atleta-orador ateniense, y de Tulio no ha leído sino algunos trozos del *Quousque tandem* o de algún otro de sus discursos? «Vigor dialéctico repetirá de memoria el alumno. Y ¿sabe él lo que es ese vigor de una dialéctica apretada, manejada hábilmente por un orador de talla, si no ha

seguido en clase el proceso de las pruebas de ninguno de aquellos discursos en donde campea tan soberana dote oratoria? «Austeridad». ¿La ha apreciado *por sí mismo* el alumno en el estudio directo de las *Filípicas*, *Olintiacas* y *Pro Corona*, del gran Demóstenes? Y ¿ha cotejado luego *por sí mismo* esa austeridad con el estilo ciceroniano? Y la ironía, tan a maravilla manejada por Tulio, *v. g.*, en su discurso en defensa de Murena, ¿la ha sentido el alumno? ¿Cuándo, igualmente, le ha llegado al alma la patética efusión de afectos con que, según testimonio consignado por Cicerón en el *Orator*, hacía resonar el foro durante las peroraciones de sus discursos *Pro Flacco*, *Pro Plancio*, *Pro Milone*, entre el clamoreo y el llanto del auditorio? ¡Ah! Así, en el estudio directo, y no de otro modo, era como había de haberse ido impresionando provechosamente el joven y formando su inteligencia, y su gusto estético, y su corazón; y no con la repetición insensata de media docena de líneas de un manual. «Merecen citarse las oraciones de Tulio...» ¿Tan sólo citarse? ¡Algo más que citarse merecen! Merecen estudiarse, para sorprender allí el arte admirable de la oratoria y del estilo y del modo de tratar a los hombres; merecen analizarse, para asistir a la elaboración de aquellos modelos literarios; merecen estudiarse a la luz de esa historia que hace revivir, ante los ojos de la clase, la sociedad en cuyo ambiente tuvieron lugar aquellos debates, y medir así *todo* su mérito y *todo* su significado. Si no, tales obras no serán sino noticias escuetas, carentes de todo interés y de todo valor educativo: imágenes exangües, que pasarán por delante de los estudiantes, sin excitarles su atención ni su interés.

Y, para pasar de las Literaturas greco-latinas a la española, puntualizáanse en otro manual los incidentes más menudos e insignificantes de la vida de nuestros dramaturgos, que es lo que menos le importa aprender a quien no estudia (o no debe estudiar) sino para aprender cómo se inventa una trama dramática, y como se ponen de relieve los caracteres y se excogitan situaciones y contrastes de vivo interés trágico. Pero ya puede esperar el alumno. Sólo se le dirá, por ejemplo, a propósito de Guillén de Castro, que «la obra más importante suya es la titulada *Las mocedades del Cid*; que derivan del Romancero, y que el hilo principal de la acción es la boda de Rodrigo y

Jimena; y que Corneille sacó su *Cid* de esta obra española, simplificándola y adaptándola al gusto literario francés». ¿Es esto satisfacer la noble ansia de modelos literarios que se apodera de un joven de prendas, en cuyo espíritu duerme, tal vez, el ingenio poético, apenas adivina el mundo de las artes? ¡Dichoso de él, si un profesor celoso y avisado pone a su vista, enfocándosela bien, la misma obra del dramaturgo valenciano! Entonces, y sólo entonces, veréis brillar sus ojos con la repentina luz de la inspiración, y partipar su corazón al unísono con aquel corazón del castellano Cid, y repetir, con mirada de fuego y con terrible acento, el monólogo del viejo y deshonrado Diego Laínez. ¿Qué ha pasado? Sencillamente, el artista en ciernes del siglo XX ha establecido el contacto con el artista del siglo XVII: no ha sido el manual muerto el que ha pasado, sin decirle nada, ante el estudiante distraído.

Y lo curioso es que, si en otras materias de enseñanza, se empleasen métodos semejantes al que en Literatura se ha estado empleando durante tanto años, protestarían, con unánime asentimiento los profesionales y los Maestros, contra la esterilidad del método. Más aún; ni siquiera se le ocurre a nadie que por tales procedimientos lleguen a salir peritos y diestros, ni a formarse para el ejercicio del arte o de la profesión a que aspiran los jóvenes que estudian. Figurémonos que un aspirante al divino arte de Apeles, gastase los mejores años de su aprendizaje en leer y aprender de memoria reseñas de obras pictóricas y libros de crítica artística, sin ejercitarse en el dibujo, sin tomar en sus manos el tiralíneas, el cartabón ni el pincel; y, en vez de pasarse horas y horas en las salas de los Museos, estudiando y copiando los grandes dechados de pintura, se contentase con pedir los catálogos de las obras allí expuestas. ¿El tal estudiante, haría concebir esperanzas de acrecentar un día, con sus producciones pictóricas, las glorias de su Patria? El sólo imaginarlo, se nos antoja descabellado.

Mas, si del terreno artístico pasamos al científico, ¿a quién, ni por pienso, se le ocurrirá ser método adecuado para formar a un alumno en Química y prepararlo para emprender luego la carrera de químico industrial, por ejemplo, el hacerle recitar de memoria la

vida, inventos e índices de las obras de Lavoisier, Berzélius, Gay-Lussac, y la historia compendiada de los progresos de la Química inorgánica y orgánica, y todo eso antes de haber entrado el alumno en ningún Laboratorio, ni visto ni hecho por sí mismo ninguna reacción; y que en eso consumiese su tiempo, en vez de gastar sus horas al lado de un profesor inteligente y práctico, entre matraces y probetas, mecheros y gasómetros? ¿Quién no echa de ver que más se formará él en operaciones químicas, que con dos años de recitar juicios ajenos sobre las mismas?

Sin género de duda, semejantes procedimientos excitarían la hilaridad de quienes, por experiencia, saben cómo se forma un profesional. Y, sin embargo de eso, cuando se trata de Literatura, cuando se trata de formar a un joven en Letras humanas, se discurre de un modo muy distinto. No queremos decir que se vuelva a la crítica formalista de Hermosilla, estrechándose en el estudio de los autores al análisis de epítetos y figuras. Reconocemos de grado los adelantos que los mismos estudios humanísticos deben a las modernas conquistas de la Historia, nacional y comparada, y a los progresos de la Estética; y aun creemos que al estudio directo de los autores pueden dar luz esos otros conocimientos históricos y estéticos. Lo que lamentamos es que se cambien los polos, que se invierta el más precioso tiempo en atiborrar la memoria de los jóvenes principiantes con una balumba de nombres y de títulos, y con una indigesta aglomeración de juicios literarios, cargados de referencias a teorías y conceptos que no se han penetrado ni vivido, y expresados con términos técnicos, cuyo sentido no alcanza el escolar. Porque ese es otro daño del método que estamos anatematizando; el habituar al joven a repetir palabras vacías, para él, de significación clara y precisa; con lo cual se fomenta, entre la turba estudiantil, el fatal *verbalismo*.

Estamos persuadidos de que, si se hiciese una encuesta entre los escolares para pedirles su voto en favor o en contra del método empleado en el estudio de la Literatura, después de haberles hecho palpar y gustar el método tradicional, el plebiscito en favor del retorno al estudio directo de los autores, sería unánime y clamoroso. ¡Qué de veces hemos visto, con honda lástima, a tantos jóvenes y a tantas

jóvenes, delante de esos manuales extensísimos de Historia literaria, aburridos y aburridas, maldiciendo de quienes les obligaban a meterse en la cabeza, con dispendio de tiempo, de entusiasmos y de salud, innumerables listas de nombres y de argumentos de libros; tarea para su edad fastidiosísima y labor que, al cabo de un tiempo, les arrancará el consabido lamento: ¡Me fatigué ímprobamente en aprender de memoria todo eso, y ya se me ha olvidado, sin haberme dejado la más mínima huella en mi formación!

Merecerían bien de la educación nacional quienes, competentemente formados en pedagogía literaria sana, práctica y formativa, escribiesen, no manuales de Historia, sino antologías de las mejores obras —las sobresalientes— de nuestra Literatura, y las presentasen a la luz de un enfoque analítico, que hiciese penetrar en su íntimo contenido y en los méritos artísticos, estilísticos y lingüísticos de cada una de ellas. No serían menester muchas obras para ese fin de formación que se pretende. Es una ilusión creer que los muchachos han de leer mucho en el Bachillerato. Lo que han de leer son los autores de primerísimo orden y unas cuantas obras magistrales, de ésas que reúnen en sí todo ese conjunto de cualidades a propósito para formar intensamente a los jóvenes. Ni es posible leer muchas obras, si hay que dar lugar a esos análisis, ejercicios de composición, de declamación, etc., en que consiste la más eficaz fuerza formativa. Para leer otros autores, les quedará tiempo a los jóvenes durante toda su vida. Lo que urge en la Segunda Enseñanza, es orientarles el criterio, el gusto, el hábito de saber leer con provecho y con reflexión. Un joven, una joven, así formados, saldrán del Bachillerato con afición a leer y, por cierto, a leer los autores mejores —mejores en todo: en lengua, en estilo, en gusto, en densidad y belleza de contenido, en espíritu nacional y cristiano—; y, llevados de esa afición, y certeramente encaminados por Maestros sensatos y de acendrado gusto estético, sabrán luego adornar su vida con una cultura selecta. Es que habrán sacado de sus estudios literarios, entre otros preciosos frutos de formación, esa flor de humana cultura, que envuelve en su fragancia todo lo que toca.

Con sensato criterio, se previene a los profesores en los Cuestio-

narios de la última reforma de Enseñanza que, en el estudio de los autores, hagan leer a los alumnos algunas, pocas, obras de los distintos géneros literarios, y que sobre ellas hagan recaer esos ejercicios que más ayuden a penetrar, analizar y gustar los modelos. ¡Acertada orientación, que no dejamos de aplaudir! Pero permítasenos insinuar la duda de que puedan llevarse cómodamente a la práctica tan ciertas orientaciones, mientras continúen tan excesivamente recargados los programas de Historia de la Literatura. El exigir a los alumnos de Bachillerato dar cuenta —de memoria, por supuesto, y mecánicamente— de toda esa lista de autores, algunos de los cuales se reservaban antes para los estudios de Facultad, y muchos de los cuales se habrían de reservar a los especialistas, es dificultar, prácticamente, la realización de esos otros ideales de formación literaria que luego se indican.

Costará, no lo dudamos, desarraigar de muchos profesores la preocupación de ese aprendizaje de la Historia Literaria: han estudiado ellos así la Literatura, y no conciben otro modo de estudiarla. Pero, opinamos, parece que debería inclinar la balanza el testimonio del gran Menéndez y Pelayo, que estampamos al principio de este artículo, y, fuera de él, la práctica que se sigue en otras naciones.

El descongestionar de tan abrumadora carga de Historia literaria los estudios de Literatura en la Segunda Enseñanza, lo estimamos de primera necesidad, para imprimir, de nuevo, a esos estudios, el carácter formativo, hondo y eminentemente humano que antes tuvieron, y que ahora ayudaría tanto a formar *hombres*. Es nada menos que cuestión de capital importancia nacional, toda vez que una de las crisis más graves por las que ha pasado nuestra Patria, es la escasez de personas integralmente formadas, que sepan discurrir por sí mismas e imponerse, en su vida y en su ideología, un criterio sano, sensato, fuertemente fundado en principios de humanismo español y cristiano. Nuestra envidiable Literatura está saturada de esas esencias. Quienes la estudien como ella se merece, reportarán de ese su estudio incalculables provechos para la Madre España.